
ARTÍCULOS

ADOLFO SUÁREZ, MINISTRO-SECRETARIO GENERAL DEL MOVIMIENTO. INMOVILISMO Y REFORMA

ADOLFO SUÁREZ, MINISTER-GENERAL SECRETARY OF THE MOVIMIENTO NACIONAL. RESISTANCE TO CHANGE AND REFORM

Julio Ponce Alberca: Universidad de Sevilla
ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-9715-7113>
jponce@us.es

RESUMEN: Cuando Adolfo Suárez fue nombrado presidente del Gobierno, a comienzos de julio de 1976, era un gran desconocido del gran público. Durante los seis meses anteriores ocupó el cargo de ministro-secretario general del Movimiento en el tercer Gobierno de Carlos Arias Navarro. En ese período mantuvo una posición ortodoxa con respecto a la vigencia del Movimiento, a la vez que apoyaba en público las reformas planteadas por el vicepresidente y ministro de la Gobernación Manuel Fraga Iribarne. Desplegó esa doble faceta dentro de parámetros de prudencia y discreción, bajo el apoyo del presidente de las Cortes, Torcuato Fernández-Miranda y del propio monarca Juan Carlos I. Sin embargo, también contribuyó a obstaculizar las reformas de Fraga favoreciendo, de paso, la erosión política del Gobierno de Arias Navarro. Este artículo desgana las acciones que llevó a cabo Adolfo Suárez entre enero y junio de 1976 y cómo puso en marcha una estrategia que le favorecería para lograr sus ambiciones políticas.

PALABRAS CLAVE: España; Adolfo Suárez; Transición; reforma; estrategia política.

ABSTRACT: Adolfo Suárez was widely unknown when he was appointed prime minister of the Spanish government in early July 1976. During the previous six months, he had served as Minister-Secretary General of the *Movimiento Nacional* in the third Carlos Arias Navarro government. In that period, he combined a respectful position towards *Movimiento* principles with formal support for the reform process initiated by Deputy Prime Minister and Interior Minister Manuel Fraga Iribarne. Suárez deployed that double-faced strategy through prudence and discretion with the support of the president of the parliament (*Cortes*) and King Juan Carlos I. However, he also helped to block Fraga's reforms, at the same time fuelling the political erosion of the Arias Navarro government. This paper sheds light on the strategy Suárez adopted to help achieve his political ambitions.

KEYWORDS: Spain; Adolfo Suárez; Transition; reform; political strategy.

Recibido: 23 de diciembre de 2022. Aceptado: 19 de noviembre de 2023. Publicado: 25 de noviembre de 2024.

Cómo citar este artículo / Citation: Ponce Alberca, Julio. 2024. "Adolfo Suárez, ministro-secretario general del Movimiento. Inmovilismo y reforma". *Hispania* 84 (277): e026. <https://doi.org/10.3989/hispania.2024.026>.

INTRODUCCIÓN

El 5 de julio de 1976 Adolfo Suárez tomó posesión como presidente del Gobierno. Pocos días antes Carlos Arias Navarro fue convocado por el rey para presentar su renuncia y una terna

elaborada por el Consejo del Reino —gracias a los buenos oficios de Torcuato Fernández-Miranda— puso al monarca en disposición de designar al nuevo presidente. Frente a los nombres de Gregorio López Bravo y Federico Silva Muñoz, el monarca se decidió por el menos conocido de

ellos. El semanario *La Gaceta Ilustrada*, dirigida por Luis María Ansón se mostró a favor del nombramiento:

Queremos aplaudir el sereno acierto del Rey al designar presidente del Gobierno a don Adolfo Suárez... Suárez tenía tres años cuando se inició la guerra civil. Pertenece a la que un ilustre escritor ha llamado la “generación del silencio”... No es un aristócrata. No es un financiero. No tiene compromisos ni con el capitalismo ni con los grupos de presión... Ha realizado una excepcional labor como ministro... No pertenece a esos números uno que la tecnocracia sacaba a la luz hace unos años y que carecían de biografía política... Es un hombre experto y curtido..., tras veinticinco años de luchar día a día en el más duro terreno de la política¹.

Pero aquellos elogiosos comentarios fueron la excepción. La inmensa mayoría de la prensa recibió la noticia con sorpresa y no pocas notas de rechazo². El dibujante Forges retrató el acontecimiento de una manera muy gráfica y ácida. De un búnker que preside la viñeta salían dos voces que entonaban un diálogo: “Se llama Adolfo, ¿no es maravilloso?” y la otra responde “ciertamente”³. También en la prensa diaria abundaron artículos críticos que, sin cerrar la puerta con resignación a una esperanza lejana, dudaban del “desconocido” Suárez. No se podía negar que era un hombre que procedía del franquismo: “dirigente del Ministerio de Información y Turismo con Sánchez Bella —en la época más negra de ese Ministerio— presidente de UDPE [Unión del Pueblo Español] y actualmente ministro secretario general del Movimiento y uno de los cuarenta de Ayete”. Con esas credenciales resultaba lógico que los editorialistas de *Cuadernos para el Diálogo* diagnosticaran: “no pensamos que don Adolfo Suárez sea la persona adecuada para traer la democracia al país y, por consiguiente, creemos que su nombramiento es un error”⁴. Más explícito y detallado fue el reportaje de Pedro Altares insertado en las siguientes páginas de la misma publicación: al “inmovilismo” de Carlos Arias Navarro le había sucedido el “continuismo” de Suárez⁵. Se sumó Ricardo de la Cierva desde las páginas de *El País* con su siempre recordado artículo que lleva por

título “¡Qué error, qué inmenso error!”⁶. Pese a su rotundidad, no fue la crítica más corrosiva. De hecho, Ricardo de la Cierva reconoció por adelantado su deseo de equivocarse, pues él mismo había barajado como futuro presidenciable a Suárez debido a que:

Ha cuajado un excelente equipo. Banqueros y empresarios le elevan en su “ranking” político. No tiene enemigos importantes. Fui testigo de cómo ganó a pulso y de forma abrumadora y convincente una elección popular directa en su provincia. Cuenta con el apoyo casi incondicional de sectores vinculados al Opus Dei, que no están muertos sino agazapados.

Sin embargo, para Ricardo de la Cierva aquel no pasaba de ser un gobierno franquista insertado en el postfranquismo:

Esto es un gobierno de Franco, primero, por lo inesperado y desvinculado de la opinión pública; segundo, por la conjunción de las fuerzas sociales que articulaban el franquismo; tercero, porque aparenta una fachada diferente del contenido y raíces; cuarto, porque deja al margen a las fuerzas siempre marginadas; la oposición, las regiones, la media nación femenina.

Pese a su “deseo de que esta crónica se contemple, dentro de seis meses, como un puro dislate y como una sombría anticipación”, se atrevió a pronosticar que aquel gabinete caería en el otoño y el monarca tendría que designar un “Gobierno Nacional”. Se equivocó de medio a medio y su deseo se convirtió en realidad. Paradójicamente, poco después pasaría a desempeñar cargos bajo los gobiernos de Suárez hasta llegar a ser ministro de Cultura en 1980.

La práctica unanimidad entre los comentaristas de aquellas fechas resulta llamativa. Como también lo fue la excepción de Luis María Ansón, hombre bien informado que meses más tarde llegaría a ser nombrado presidente de la agencia EFE. ¿Cómo fue posible que casi ningún periodista sospechara que Suárez lideraría un proyecto de reforma profunda que saldría adelante liquidando el régimen dictatorial? ¿Por qué la práctica totalidad coincidió en calificar a Suárez como un “continuista” que sería incapaz de introducir cambios políticos significativos? ¿En qué se basaban para presuponer una actitud no proclive a una democracia real en un hombre que era

1 Morán 2009, 106.

2 García Martín 2019.

3 *Cambio16*, Madrid, 12/7/1976: 18.

4 *Cuadernos para el Diálogo*, Madrid, 10/7/1976: 14.

5 *Cuadernos para el Diálogo*, 10/7/1976: 15-17. El título del reportaje era elocuente: “El Apagón”.

6 *El País*, Madrid, 8/7/1976: 11.

en gran parte desconocido? Probablemente, para muchos el mero hecho de haber sido ministro-secretario general del Movimiento bajo el Gobierno de Arias Navarro era ya una acreditación más que suficiente para ser tildado de “reaccionario”. Y venían a coincidir con los que creían que el búnker era un enorme muro infranqueable que requería una ruptura con el franquismo. Pero, ¿todo eso era realmente así?

Que Suárez fuese poco conocido por entonces pese a haber sido ministro da idea del perfil bajo que adoptó durante la primera mitad de 1976, salvo contadas apariciones públicas. Más sorprendente es que las numerosas biografías sobre Suárez no aborden con todo detalle ese medio año en que fue ministro-secretario general del Movimiento⁷. Quizás la razón de ello sea su incuestionable éxito posterior a la hora de protagonizar el cambio político y la consiguiente mitificación de su figura, sin menoscabo de sus méritos. En cambio, sí disponemos de algunos testimonios indirectos por parte de personas que le acompañaron de cerca por aquel entonces. Y también se han publicado dos destacados trabajos a cargo de Juan Francisco Fuentes e Ignacio Sánchez-Cuenca que sí hacen alusión a aquel período de su biografía. Al primero le debemos la biografía más completa de Suárez y al segundo un interesante análisis sobre el “suicidio institucional” del franquismo. Ambos coinciden en destacar el contraste entre Suárez como ministro-secretario general y aquel que se convertiría en presidente tan solo unos meses después. El Suárez anterior a julio de 1976 se movía entre pronunciamientos difusos en favor de las reformas, pero advirtiendo de las limitaciones que debían tener para no poner en peligro el legado político recibido del pasado; sin embargo, el Suárez presidente resultaría ser un ferviente reformista dispuesto a prescindir de elementos que le habían parecido sustantivos unas semanas antes como, por ejemplo, el Consejo Nacional o la Comisión Mixta. Así, Fuentes indica que la idea de reforma que tenía Suárez en mente “parece haber evolucionado rápidamente” en ese tiempo. Un informe de inteligencia de febrero de 1976 recogido por este autor le conduce a afirmar lo siguiente:

La posición política en la que se encontraba entonces, según se desprende de este documento, era más propia de un aperturista del tardofranquismo que de un adalid de la democracia. Su horizonte participativo se limita a las asociaciones políticas, aunque adelanta que el Estatuto que las regula será “ampliamente reformado en breve plazo” e incluso admite la posibilidad de que acaben llamándose “partidos”. Pero, en todo caso, cree que deben ser reforzadas pensando en su protagonismo futuro, para lo cual ha dado orden de transferir ciento cincuenta millones de pesetas al Consejo Nacional con destino a las asociaciones ya registradas. Habló también de una operación que estaba dirigiendo personalmente para “poner en común” a las fuerzas del régimen en torno a un programa básico de cinco puntos⁸.

Por su parte, Sánchez-Cuenca arroja más luz sobre esta parte de la biografía política de Suárez al subrayar que:

Su trayectoria no era precisamente la de un reformista comprometido con la democratización del régimen, ni siquiera con su liberalización. Su actuación durante los primeros seis meses de 1976 sigue resultando un tanto enigmática, pues quien luego encabezó una reforma que conduciría a unas Cortes constituyentes puso antes toda clase de reparos a la reforma moderada de Arias. Sus biógrafos apenas han profundizado en esta etapa crucial. La información fragmentaria que he podido reunir muestra que Suárez cambió radicalmente tras llegar a la presidencia del Gobierno. Como ministro secretario general del Movimiento maniobró para que la reforma Arias no saliera adelante⁹.

Los dos fragmentos anteriores son lo suficientemente elocuentes para llamarnos la atención sobre este período de la biografía de Adolfo Suárez. Las preguntas que surgen son inmediatas: ¿por qué no se mostró Suárez como un reformista decidido apoyando las reformas emprendidas bajo el Gobierno de Arias? ¿Le parecían demasiado tímidas o, por el contrario, demasiado audaces? ¿Fue su evolución casual y determinada por las circunstancias o respondió a un plan para su promoción política? ¿A qué obedecieron sus mudanzas? ¿No creía en las reformas de Arias o su actitud obstruccionista contra las mismas obedeció a una estrategia de desgaste que le podría abrir las puertas de la Presidencia del Gobierno?

7 Como simple muestra no exhaustiva: González de Vega 1996. Cierva 1997. Prego 2002. García Abad 2005. Ortiz 2006. Abella 2006. Hernández 2009. Campo 2012. Ónega 2013. Navarro 2014. Ansón 2014.

8 Fuentes 2011: 132.

9 Sánchez-Cuenca 2014: 163.

Para añadir aún más interrogantes, cabe señalar la curiosa e interesante observación que el ministro de Justicia del primer Gobierno Suárez, Landelino Lavilla, dejó en sus memorias sobre la actitud del presidente al recordar aquellos primeros meses de 1976:

Hablé en alguna ocasión con Adolfo Suárez de aquel período y le pregunté por las discrepancias que, según se decía, existían entre Fraga y él y de las que eran reflejo las notas-informes producidos, respectivamente, por el Ministerio de la Gobernación y por la Secretaría General del Movimiento. Adolfo Suárez no aceptaba fácilmente esa conversación, solía rehuir el enjuiciamiento de aquel semestre y rechazaba, desde luego, cualquier personalización de sus apreciaciones¹⁰.

Es sabido que son más frecuentes y gratificantes los recuerdos del éxito y de los tiempos brillantes. No representaba para él ningún esfuerzo rememorar el tránsito político y las dos victorias electorales que obtuvo. Pero, ¿por qué Suárez se mostraba reticente con esa parte de su pasado político que sería, precisamente, la antesala para convertirse en presidente?

UNA CARRERA POLÍTICA HASTA SER MINISTRO-SECRETARIO GENERAL

Cabe preguntarnos quién era Suárez o, mejor dicho, cuáles habían sido sus ideas antes de convertirse en presidente del Gobierno. Es de sobra conocida su biografía y no cabe repetir aquí lo que ya se sabe, pero sí es pertinente intentar describirla en relación con sus ideas. A primera vista, parecen distinguirse dos rasgos en la personalidad de Suárez. Por una parte, era un hombre sin una adscripción política firme. Muy al contrario, lo que fue una constante sería su evolución: más “azul” en unos momentos, más cercano al círculo de Carrero en otros; más prudente reformista u hombre del Príncipe, tuvo relaciones con todos, y resultaría difícil encajarlo en una determinada familia del régimen. Lo que sí tuvo fueron “valedores” tan variados como Fernando Herrero Tejedor o Laureano López Rodó. Por otra —frente a esa carencia de ideas programáticas fijas— sí tenía clara una ambición política que podría cali-

ficarse de obsesiva. Desde joven y en repetidas ocasiones manifestó su voluntad de ser alguien importante en el mundillo político. Su objetivo último era ser presidente o, al menos, ministro.

Pueden identificarse dos etapas iniciales en la vida de Suárez. La primera iría desde mediados de los cuarenta hasta 1964. Fueron 20 años duros: pertenecía a una familia de clase media venida a menos, con un padre huido que luego reencontró y una juventud vivida bajo estrecheces. Mediocre estudiante, consiguió estudiar por libre la carrera de derecho en la Universidad de Salamanca. Ni los libros eran lo suyo, ni pretendía dedicarse a tareas intelectuales. Para él, lo prioritario era conseguir un empleo y lo más fácil era entrar como empleado en alguna institución oficial o en el Movimiento gracias a algún contacto. El tema de las oposiciones requería una dedicación y una formación de las que carecía. Por supuesto, ni se le pasaba por la mente entrar en uno de los cuerpos de élite de la Administración para los que se requieren méritos, constancia, tiempo, recursos y, a veces, contactos.

Su destino dio un vuelco a mediados de los años cincuenta cuando Fernando Herrero Tejedor se convirtió en gobernador civil de Ávila. A través de conocidos consiguió convertirse en secretario de aquel gobernador. Fue un primer paso que no tendría continuidad al marcharse Herrero destinado a Logroño; Suárez tuvo que desempeñar diversos trabajos e incluso irse a Madrid para buscarse la vida. Volvió a reencontrar a Herrero Tejedor cuando este fue nombrado delegado nacional de Provincias, en 1957. Fue entonces cuando se reenganchó a los puestos oficiales: jefe del gabinete técnico del secretario general del Movimiento, adjunto al jefe de relaciones públicas en Presidencia, jefe de la asesoría jurídica de la Delegación de Juventud, etc. Incluso consiguió un modesto puesto de funcionario en el Instituto Social de la Marina en unas oposiciones asequibles para él. Para 1964 era ya un hombre casado que había dejado atrás la precariedad. Ni siquiera le haría falta desempeñar su empleo como funcionario durante muchos meses¹¹. Tenía a su alcance otras opciones.

10 Lavilla 2017: 131.

11 Una reconstrucción muy completa de aquellos años en: Fuentes 2011, capítulos 1 y 2.

La segunda etapa abarcaría desde mediados de los sesenta hasta convertirse en ministro-secretario general del Movimiento en 1976. Su carrera en aquella década larga fue fulgurante. Ya se lo anunció —una vez más— a Joaquín Vidal, su breve compañero en el Instituto Social de la Marina: “Algún día seré presidente del Gobierno”¹². En noviembre de 1964 fue nombrado directivo en Televisión Española (TVE) y poco después ascendió a director de programas¹³. Allí entró no por su relación con el Movimiento sino por la amistad que supo cultivar con Laureano López Rodó. Y llegaron las condecoraciones y distinciones porque Suárez utilizó su presencia en la TVE como canal de proyección¹⁴. A partir de esa plataforma consiguió ser procurador en Cortes por el tercio familiar por Ávila y entró a formar parte de la Comisión de Leyes Fundamentales y Presidencia del Gobierno al efecto de estudiar el proyecto de ley de Secretos Oficiales¹⁵.

Su posición era por entonces más que sólida, pero necesitaba dar un paso más. Y así fue cómo en junio de 1968 se convirtió en gobernador civil de Segovia. Tuvo que dejar su puesto en la TVE, pero conservó —pues era compatible— su condición de procurador. Desde luego, en ninguno de los dos cargos destacó como un decidido reformista. En su toma de posesión, el ministro Camilo Alonso Vega tuvo unas palabras que él suscribió perfectamente: “El sistema político de España, dentro de los principios inmutables del Movimiento, que determinan las demás Leyes Fundamentales, es la Monarquía tradicional, católica, social y representativa”¹⁶. Marchó a su destino, Segovia, donde Suárez pronunció un discurso en la Jefatura Provincial y otro, con ligeros matices, en el Gobierno Civil. En el primero destacó la voluntad de su generación para asumir el relevo y planteó un “esbozo de programa” que, en reali-

dad, no iba más allá de abrir el Movimiento como cauce para la participación. En el del Gobierno Civil puso el énfasis en sus orígenes abulenses, en los agradecimientos por la confianza depositada en él, en la importancia de actuar con espíritu de servicio y, por supuesto, mostró su adhesión al jefe del Estado¹⁷.

Todo marchó de acuerdo al guion establecido. La toma de posesión de Suárez no se diferenció de la de otros jóvenes gobernadores y, por supuesto, ningún gesto suyo invitaba a pensar otra cosa. Tampoco su labor en la provincia fue muy diferente a la de otros gobernadores. Similares problemas y parecidas actuaciones. Además del orden público, el gobernador tenía ante sí una constelación de asuntos para gestionar como mejor podía. Entre ellos se contaban los accidentes inesperados y Suárez también tuvo que lidiar con ellos. A los pocos días de llegar inauguró el complejo de “Los Ángeles de San Rafael” y un año después se produjo allí un trágico accidente mortal al desplomarse su salón de banquetes. No le faltó coraje y temple para abordar la situación. Se presentó en el siniestro junto al presidente de la Diputación —Fernando Abril Martorell, al que había designado unos meses antes— y a las pocas horas los muertos y heridos habían sido retirados. No tuvo responsabilidad directa en el suceso, pero la prensa del Movimiento no se olvidó de señalar la culpabilidad de las autoridades¹⁸. Por lo demás, aquel gobernador hizo lo que hacía la mayoría: intentar solventar los problemas cotidianos, mantener tranquila a la provincia, reclamar de vez en cuando recursos al Gobierno central y aplicar las directrices de este, incluso adaptándolas si era necesario.

Suárez continuaría en el cargo unos meses manteniendo su actividad como procurador. De hecho, se reunió con Fernando Herrero y con Laureano López Rodó para favorecer en las Cortes la sucesión futura del jefe del Estado en la figura de Juan Carlos¹⁹. No eran imprescindibles aquellas gestiones habida cuenta de las relacio-

12 Fuentes 2011: 55.

13 ABC, Madrid, 22/11/1964: 90.

14 Le fueron concedidos: la Encomienda de la Orden del Mérito Civil (ABC, 18/7/1964: 35); la Encomienda con placa de la Orden de Cisneros (ABC, 1/10/1966: 23); la Gran Cruz del Mérito Naval (ABC, 18/11/1966: 62); la Cruz del Mérito Aeronáutico “a Suárez que es director de la primera cadena” (ABC, 1/2/1967: 37); el ingreso en la Orden de Alfonso X el Sabio (ABC, 2/5/1967: 33); y la Cruz Azul de la Seguridad Social, categoría plata (ABC, 23/7/1967: 51).

15 ABC, 9/1/1968: 33. Una ley que se mantendría durante muchos años. Aún hoy (2024) no ha sido objeto de reforma o derogación.

16 ABC, 12/6/1968: 71.

17 Fuentes 2011: 67-68.

18 ABC, 17/6/1969: 23: “Al llegar a Los Ángeles advirtió la magnitud del suceso y asumió la dirección de los trabajos de rescate y traslado de las víctimas, así como dispuso la improvisación de un botiquín para que todos los heridos recibieran la primera asistencia. «No perdió, en ningún momento los nervios», nos dice del gobernador el alcalde de El Espinar”.

19 Fuentes 2011: 83-84.

nes asimétricas entre el general Franco y unas Cortes dóciles, pero sí suponía una apuesta por la monarquía y por un futuro que aún nadie —ni el mismo Suárez— sabía definir con precisión. El riesgo político era muy limitado: su adhesión al príncipe de España era una traslación de la que mostraba ante el general Franco.

En esas circunstancias se produjo la crisis de otoño de 1969, derivada del escándalo *Matesa*. Suárez pensó entonces que convertirse en ministro era algo que podía estar al alcance de la mano. Y movió sus fichas aspirando a ser ministro de Información y Turismo, pero sus previsiones fallaron y tuvo que conformarse con volver a TVE como director general. Eso le molestó profundamente e incluso pensó en rechazar el puesto, aunque el ofrecimiento llegaba desde “muy arriba”. Si finalmente lo aceptó fue por el consejo de Herrero Tejedor y las posibilidades que le brindaba para seguir proyectando su imagen²⁰. Hasta 1973 estuvo al frente de la TVE en una gestión caracterizada por un cierto aperturismo sin excluir medidas regresivas en un contexto de malas relaciones con su ministro Alfredo Sánchez-Bella.

De nuevo, en junio de 1973 se le abrió una nueva posibilidad de ser ministro con el nombramiento de Luis Carrero como presidente. Sin embargo, su nombre no apareció en la lista final y reaccionó con mayor desesperación si cabe. Fue a ver al entonces ministro-secretario general del Movimiento, Torcuato Fernández-Miranda para que le nombrase su número dos. Este le respondió de una manera muy clara: “Por mucho que te empeñes, Adolfo, no te nombraré vicesecretario”²¹. Ahí comenzó una relativa travesía en el desierto desarrollando algunos negocios (mundo con el que ya estaba familiarizado desde los sesenta) y desempeñó cargos públicos secundarios como la presidencia de la Empresa Nacional de Turismo (ENTURSA). Conservaba su puesto de procurador en Cortes que había revalidado con éxito tras las elecciones de 1971, pero no se sentía en la línea adecuada para satisfacer su ambición dentro de unas circunstancias cambiantes en la que lo único seguro era el progresivo deterioro del régimen por envejecimiento de su titular. De hecho, su nombre aparecía como uno de los polí-

ticos para el futuro, pero a mucha distancia del núcleo de cabeza²².

El asesinato del presidente Carrero y el primer Gobierno de Carlos Arias fue contemplado por Suárez desde un cargo menor alejado del centro del poder y así transcurrió todo el año 1974. Mantenía sus contactos y se conducía de acuerdo a los cánones burocráticos del favor y la adhesión²³. Pero de nuevo, con la remodelación del segundo gobierno Arias (marzo de 1975) le llegó una nueva y pasajera ocasión para volver a aproximarse al centro del tablero. Gracias al nombramiento de Herrero Tejedor como ministro-secretario general del Movimiento, Suárez logró, por fin, ser vicesecretario. El cargo tuvo que tener para él el aroma de la recuperación de su carrera política, de su auténtico destino. La proyección que le daba era fundamental porque también le abría las puertas del Consejo Nacional. Llama la atención que deseara tan intensamente su ingreso en la élite del Movimiento tan solo 15 meses antes de convertirse en presidente e impulsar la reforma democrática.

Cabe preguntarse si en realidad Suárez pensaba que el reformismo podía llevarse a cabo a través de las estructuras del Movimiento y de ahí su entusiasmo por ser vicesecretario junto a su valedor Fernando Herrero. Desde luego, los discursos en su toma de posesión no reflejaron una concreta voluntad reformista más allá de la ambigua retórica habitual con Franco aún vivo. Apadrinando a Suárez en la Secretaría General, Herrero manifestó: “La demanda de evolución que sentimos latir en muchos sectores de la opinión pública puede y debe ser atendida sin mengua de los principios esenciales que constituyen la clave de nuestro sistema político”. Y el nuevo vicesecretario intervino afirmando:

... los cauces por los que discurre la dinámica de las fuerzas sociales han de estar abiertos a todos los españoles, entidades y asociaciones que respeten la convivencia nacional; de esta participación diversi-

20 Fuentes 2011: 85.

21 Fuentes 2011: 95.

22 Fue reelegido con mayoría de votos y una participación alta del 69 % (*ABC*, 30/11/1970: 25). Su grado de popularidad en *ABC*, 3/3/1973: 107.

23 Se conserva una interesante correspondencia de Suárez con el entonces director general de Administración Local, Juan Díaz-Ambrona, para canalizar favores y recomendaciones varias. Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares, Madrid (en adelante AGA) 53/03000.

ficada ha de surgir una auténtica comunicación entre los hombres y las tierras de España²⁴.

Eran palabras que no le comprometían porque, incluso afirmando que el país “avanza irreversiblemente hacia su desarrollo democrático”, de inmediato realzó al Movimiento como cauce de integración de los españoles y todo ello dentro de la adhesión al régimen. No podía ser de otra manera. La prensa conservadora y monárquica respaldaba a quien hablaba así. Siete meses antes de la muerte de Franco, ABC le dedicó un breve titulado “Don Adolfo Suárez, en alza”²⁵.

De todas formas, poco tiempo le duraron las alegrías a Suárez. En el mes de junio fallecía Fernando Herrero Tejedor en un accidente de tráfico. Terminaba así una vida que —dicho sea de paso— merecería un estudio pormenorizado por su trayectoria profesional y política. La pronta desaparición de Herrero privó a todos de saber cuál habría sido su posición tras la muerte de Franco, pues era un hombre de cierto talante modernizador pero perfectamente incardinado en el Movimiento²⁶. Para Suárez la muerte de Herrero Tejedor tuvo consecuencias. La primera es que dejó el cargo de vicesecretario que llevaba ocupando menos de tres meses. Su refugio sería el nombramiento como delegado del Gobierno en Telefónica y, desde allí, impulsó la asociación Unión del Pueblo Español (UDPE) a modo de plataforma política situada dentro de los parámetros del estrecho asociacionismo permitido entonces. Esperaba de nuevo su oportunidad.

Y el momento llegó poco después con la muerte de Franco en noviembre de 1975. El nuevo jefe del Estado confirmó a Carlos Arias como presidente, aunque con un equipo distinto sugerido por él mismo y por Fernández-Miranda que había sido nombrado presidente de las Cortes y del Consejo del Reino. Sorprende que Arias dejara que otros le diseñaran el Gobierno; hasta ese punto deseaba seguir como presidente. En la combinación de nombres, Fernández-Miranda le propuso el nombre de Adolfo Suárez y Arias lo admitió porque no tenía nada en contra de aquel

semidesconocido que, eso sí, aparecía recurrentemente en todas las salsas. Para el presidente de las Cortes era su instrumento dentro de aquel Gobierno. El hombre al que le había negado la vicesecretaría en 1974, ahora podía ser un útil ministro-secretario general del Movimiento. Suárez se dejó hacer porque, por fin, había conseguido ser ministro. Desde luego lo que tenía en mente era intentar ser presidente.

ENTRE DOS AGUAS

Suárez mostró lealtad ante el desconfiado Arias que no se fiaba de ministros como José María de Areilza o Manuel Fraga, a los que consideraba demasiado reformistas y demasiado arrogantes. Por el contrario, nada podía temer de un Suárez que lo acompañó ante la Permanente del Consejo Nacional donde le “ofreció toda la colaboración”²⁷. Su discreción le permitía a Suárez estar atento a todo sin que se le advirtiera y sin generar enemistades. Todo lo contrario de un Fraga que —puro impulso— le faltó tiempo para presentar su plan de reformas al Gobierno en los primeros días de enero de 1976²⁸. Arias respondió con sus previsibles resistencias, pero fue convencido de que el camino de la reforma resultaba ineludible. En esas circunstancias, Suárez adoptó una actitud prudente. En el Consejo de Ministros apoyaba formalmente las reformas de Fraga —al igual que Arias— pero sin olvidar establecer unos límites que no podían transgredirse. Y todo ello intentando mantener la cordialidad con todos.

Una muestra de la capacidad de Suárez para la adaptación y la simpatía fue con ocasión de la designación de gobernadores civiles que era competencia de dos ministerios (Gobernación y Secretaría General). Desde hacía lustros, se procedía a un reparto consensuado entre ambos, aunque la relación no era perfectamente simétrica: el peso de Gobernación solía ser superior. De hecho, Otero Novas, como director general de Política Interior, llegó a impedir la designación de algunos nombres propuestos por la Secretaría General del Movimiento. Pese a ello, la relación personal de Otero con Adolfo Suárez y con otros miembros de su equipo directivo fue excelente. Es más:

24 ABC, 25/3/1975: 19.

25 Fuentes 2011: 115.

26 Primo de Rivera 1983: 89. Gran admiradora de Herrero Tejedor, llegó a sospechar que el accidente no fue casual. El texto se ha consultado en: <http://www.maalla.es/Libros/Recuerdos%20de%20una%20Vida.pdf>.

27 ABC, 24/12/1975: 5.

28 Otero 2015: 110-111.

Suárez ficharía a Otero como subsecretario técnico de presidencia pocos meses más tarde. Como ministro de la Gobernación, Fraga conocía la importancia del control de las provincias en una coyuntura de próxima reforma política y prestó interés a que sus propuestas de gobernadores prosperasen. Pero no siempre contó con el entusiasmo de Suárez a favor de gobernadores reformistas. Según Fraga: “No hubo manera de que Suárez entrase en nombramientos favorables a la reforma; luego él mismo habría de ser implacable con la gente del Movimiento que él mismo había nombrado”²⁹. De hecho, entre diciembre de 1975 y julio de 1976 se produjeron 28 nombramientos: un 56 % del conjunto de gobernadores. La Secretaría General no se opuso frontalmente a Gobernación y aceptó las designaciones, pero evitando que fuesen demasiado reformistas. Suárez, ya como presidente, también procedió a una intensa renovación de gobernadores —22— casi todos designados ya en el mes de agosto de 1976 ante el proceso de cambio político que iba a abordar ese otoño. Es interesante contemplar que mantuvo a las dos terceras partes de los nombrados bajo el último gobierno de Arias, lo que da idea de la confianza que muchos de ellos le merecían por aquel entonces³⁰. Un ejemplo fue el del gobernador de Barcelona —Salvador Sánchez-Terán— avalado por Fraga al que consideraba su “superior jerárquico” por encima del ministro-secretario general del Movimiento³¹. Sin embargo, Suárez ficharía a Sánchez-Terán posteriormente. Es significativo que, una vez aprobada la Ley para la Reforma Política y a lo largo de los años siguientes, Suárez y su ministro Martín Villa renovarían a la práctica totalidad de los gobernadores.

Aquel Suárez ministro se llevaba muy bien con hombres capacitados y aperturistas en puestos de segundo o tercer nivel que podrían ser reclutados en el futuro, como fue el caso del citado director general Otero Novas. Pero hay suficientes indi-

cios que apuntan a que no tenía ningún interés en que las reformas de Fraga salieran adelante desgastando, de paso, al gobierno de Arias Navarro. Su interés en que los gobernadores designados no fuesen demasiado reformistas era una pieza más de su estrategia. No era el único ministro empeñado en la caída del gobierno del que formaba parte, pero Suárez fue el único que consiguió alcanzar la ansiada Presidencia. Merece, pues, que observemos con más detalle cuál fue la labor de aquel ministro-secretario general en aquellos meses. Una labor discreta, paciente y silenciosa —Suárez evitó ser el más conocido de los ministros en medio del torbellino político— pero sumamente eficaz a la vista del resultado. Consiguieron ser presidente por un cúmulo de circunstancias, pero la causa de su éxito venía de un trabajo de lustros atrás. Lo que hizo durante el primer semestre de 1976 fue intentar remover los últimos obstáculos hacia su objetivo. Y lo consiguió.

Una de sus herramientas fue el lenguaje, el uso de la palabra y unos gestos calculados. No perdió ocasión de mostrar sus puntos de vista en público, como fueron sus discursos en la toma de posesión de nuevos gobernadores —que eran, a la sazón, también jefes provinciales del Movimiento— o las contadas entrevistas que concedió. No obstante, se cuidó mucho de comprometerse abiertamente y lanzarse a hablar mucho nada más convertirse en ministro. En una de sus primeras apariciones, con ocasión de la toma de posesión de Salvador Sánchez-Terán como gobernador de Barcelona, apenas intervino tras los discursos de los demás ministros presentes, destacando entre ellos Manuel Fraga. Casi un mes más tarde, dejó sentir más su voz en la toma de posesión de Armando Murga como gobernador de Gerona para defender el principio de autoridad y rechazar “rupturas o traumas que serían fatales”, sin olvidar un guiño para el respeto a “la autonomía y la vida de los entes locales”. Pocos días más tarde visitó San Sebastián y allí dio un paso más al afirmar que “asumimos, con rigor y rotundidad, la necesidad de romper los esquemas burocráticos de un centralismo netamente contradictorio con la naturaleza plural de esta síntesis de pueblos y comunidades que llamamos España. El uniformismo centralista supone un atentado contra la unidad de la Patria”³².

29 Fraga 1987: 32.

30 Otero 2015: 116-117. Aunque Otero señala que renovaron a dos tercios de los gobernadores, en realidad remodelaron el 56 % de los gobiernos civiles. La prensa ofreció datos no muy precisos sobre el número de nombramientos (22 nombrados por Fraga y 21 por Suárez): *Blanco y Negro*, Madrid, “Gobernadores reunidos, Sociedad Anónima”, 4/9/1976: 22-23. El número de gobernadores que se ofrece en el texto deriva de una base de datos confeccionada a partir de los nombramientos en el *Boletín Oficial del Estado* (BOE). Véase <http://grupo.us.es/estadoy poder/index.php?page=Base-de-datos-de-Gobernadores-Civiles>.

31 Sánchez-Terán 1988, 20.

32 *ABC*, 16/1/1976: 6; 10/2/1976: 8; 27/2/1976: 8, respectivamente.

Pero fue en el mes de marzo cuando comenzó a desgranar algunas de sus ideas sin arriesgarse a perfilarlas demasiado. Su trípode ideológico — en realidad, principios básicos— se resumía en la defensa del Estado, la necesidad de acometer reformas y el respeto a la herencia recibida. Formuladas en términos difusos y así expresadas, sus ideas estaban en línea con los planteamientos de la mayoría de los grupos políticos del momento. Con motivo del nombramiento del nuevo gobernador de Ciudad Real tomó la palabra para “clarificar el ambiente político actual”. Lo primero que defendió fue la acción del Gobierno que “nunca ha perdido la iniciativa”. Apenas aludió al presidente Arias, pero sí puso especial acento en aludir al “Gobierno de Su Majestad el Rey” y su impulso en pro de “la reforma política que implica el proceso democratizador, que ha de abarcar a todas las estructuras de la convivencia española”, siempre dentro de la defensa del Estado. Una reforma política que definía como “el perfeccionamiento de las instituciones básicas para conseguir una convivencia democrática basada en la paz y en la Justicia” y la perfiló con una muestra de fidelidad al pasado:

... la historia de nuestros últimos años supone el fundamento de la paz, la justicia y la democracia que queremos perfeccionar y terminar de construir. Nada de lo que es esencial para el Estado español puede perderse. Todo lo que significa perfección en el funcionamiento del Estado y de sus instituciones representativas debe hacerse.

Y remachó que la reforma “no significa ni puede significar la puesta entre paréntesis de los años que precisamente nos permiten hacerlo ahora”³³. Con esos planteamientos Suárez evitaba ser sospechoso ante ningún grupo y podía ser calificado como cualquier cosa menos de inmovilista acérrimo, una posición que era minoritaria en aquel entonces por mucho que la prensa hablase del “búnker” y de su presunta fuerza. Sus palabras eran perfectamente compatibles con las del ministro de la Gobernación, el cual también asistía a muchas de las tomas de posesión de gobernadores. En una de ellas, Fraga definió colectivamente a todos los presentes como “fieles a un pasado ilustre, leales a un presente prometedor [que] prepararemos un futuro de esperanza”³⁴.

En similares términos se expresó a lo largo de una amplia entrevista que le hizo José Luis Alcocer para el diario *Pueblo* y que, para su mayor difusión, publicó la editorial oficial del Movimiento³⁵. Allí desplegó una imagen tan poliédrica como solvente en la que quiso combinar los aires reformistas con la preservación de las esencias del legado de Franco. Y lo hizo con argumentos tan singulares como el siguiente:

Hay que comprender que el Movimiento Nacional surge en el preciso instante en que en Europa comienza a decaer el sistema de las democracias liberales, de aquellas democracias que, en realidad, tenían muy poco que ver, en el fondo, con las de ahora. Esa decadencia se correspondía con la necesidad de construir un Estado fuerte, capaz de servir de freno al avance del comunismo. (...) [España] se apoyó en un fortalecimiento de la autoridad, con cierta merma, indiscutible, de lo que hoy llamamos sin ambages libertades públicas. (...) Pero conviene llevar cuidado porque la finalidad del Movimiento no fue nunca antidemocrática, sino creyente en una forma de democracia postliberal. Era preciso hacer un país y una economía antes de dar paso a la dinámica de un pluralismo inevitable. Podrá discutirse si en ese sentido se cometieron o no errores de cálculo en cuanto a la duración del proceso. Probablemente sí. Pero lo que ya me parece inaceptable es discutirle al Movimiento su papel de gran catalizador de las energías nacionales durante muchos años, y su función de rectificador de la democracia liberal para orientarla hacia una democracia de participación real³⁶.

No fue un párrafo aislado. También describió al Movimiento como “una conciencia civil permanente de nuestro pueblo”. Ahora bien, admitió el pluralismo y la formación de partidos porque, según él, cabía “perfectamente en el marco de nuestras Leyes Fundamentales”. Incluso llegó a esbozar cómo sería el futuro espectro político, con una fuerza de “centro” estabilizadora:

Considero que se puede llegar al juego fecundo entre un socialismo democrático, dotado de un fuerte sentido nacional, y una derecha moderna, homologada con los esquemas europeos. Entre una y otra se han de instalar todos los restantes matices. Y es precisa la existencia de una gran fuerza intermedia, en la que se embalsen a la vez las herencias del pasado y las aspiraciones sociales³⁷.

33 *ABC*, 23/3/1976: 7.

34 *ABC*, 11/4/1976: 5.

35 Suárez concedió importancia a la cadena de prensa y radio del Movimiento que era deficitaria y la apuntaló con una línea de crédito oficial. Tusell-García 2003: 268.

36 *Declaraciones del Ministro Secretario...* 1976: 9.

37 *Declaraciones del Ministro Secretario...* 1976: 10-13.

Para llegar a esa situación era evidente la necesidad del cambio político y, a esas alturas, su reforma era la del Gobierno. Pero tuvo la prudencia de no identificarse con ella y limitarse a señalar que las “reformas constitucionales anunciadas afectarán al Consejo Nacional”, un asunto dentro de su competencia. Sin decir nada más: “Me permitirá usted que no me extienda más en este punto, puesto que actualmente está trabajando la Comisión Mixta Gobierno-Consejo Nacional, y sería una grave indiscreción por mi parte”. Tan solo quiso precisar que la Secretaría General iba a registrar “una transformación que actualice sus instituciones en un sentido de eficacia funcional y de apertura democrática en servicio del Estado”. Se cuidó mucho de decir nada más aquel Suárez que se consideraba “demócrata”³⁸.

A PASOS CALCULADOS ENTRE UNOS Y OTROS

Es importante tener en cuenta que todas esas declaraciones fueron hechas cuando ya se rumoreaba en círculos restringidos que Suárez podría ser el próximo presidente del Gobierno. Así se lo confesó José Luis Graullera —estrecho colaborador de Suárez en la Secretaría General— a Otero Novas en el curso de un viaje para dar posesión al gobernador de Lugo. Otero no dio crédito al rumor pues pensaba, como muchos, que el sustituto sería un aperturista (Fraga o Areilza), pero no el ministro que representaba al Movimiento. La anécdota revela que ya en febrero algunos sabían en la Secretaría General que sonaba el nombre de Suárez como futuro presidente y, muy probablemente, lo sabía el propio interesado³⁹. Unos días más tarde, el 8 de marzo, se reunieron los matrimonios Suárez y Fernández-Miranda a cenar. Cuando el presidente de las Cortes le planteó la idea de ser el próximo presidente, Suárez “se calló, lo aceptó como posible y se hizo rápidamente a la idea”. Torcuato vio en sus ojos una inquietante mirada de ambición y anotó: “Nada fue claro, pero sí desazonante”. Fernández-Miranda pensaba en Suárez como un presidente de tránsito hasta las próximas elecciones y articular él posteriormente una estrategia para llegar hasta la Presidencia. Suárez, por tanto, no era

más que una herramienta útil para reemplazar a Arias y hacer posible la reforma política, pero el sagaz Fernández-Miranda comenzó a sospechar de aquel hombre tan obediente como prudente. Como indica Fuentes: “Su temor era que aquella «desmesurada codicia de poder» que adivinó en sus ojos pusiera en peligro sus planes a largo plazo”⁴⁰. Ese temor se confirmaría cuando Fernández-Miranda fuese poco a poco relegado en 1977.

Cada uno jugaba su juego y Suárez, siempre sin mostrar sus bazas, lo hacía a varias bandas. Se mostraba leal con el presidente Arias, pero contaba con el respaldo de Fernández-Miranda para ser su sustituto. Sabía que Arias no dejaría el cargo fácilmente y era precisa su erosión; sabía que Fernández-Miranda quería remover a Arias, pero no era posible hacerlo directamente y, sobre todo, temía que un Fraga o un Areilza se convirtieran en presidentes. En esas circunstancias, la prudencia aconsejaba a Suárez no postularse abiertamente como candidato frente a un impulsivo Fraga que había puesto sobre la mesa un proyecto de reforma contra viento y marea. Tampoco se le ocurrió plantear otro modelo de reforma en medio de ese fuego cruzado. La mejor estrategia era apoyar formalmente la reforma, pero poniendo los suficientes obstáculos para impedir su viabilidad. El fracaso de la reforma Arias-Fraga le abriría las puertas para satisfacer su ambición desde hacía años: ser presidente.

Las obstrucciones de Suárez al proyecto reformista de Fraga fueron eficaces, pero siempre fueron planteadas tan discretamente que, en su día, ni siquiera fueron percibidas como tales. La cautela de Suárez no fue óbice para poner palos en las ruedas de las reformas desde su puesto de centinela de las esencias del Movimiento. En junio de 1976, el director general de Política Interior preparó un proyecto de campaña para el referéndum sobre las reformas que contemplaba un sistema de participación indirecta de los partidos, incluido el comunista. Fraga convocó una reunión para discutir aquel proyecto con el que estaba de acuerdo en todos sus puntos. Entre los convocados estaba Suárez y nada más empezar la reunión desarboló a Fraga preguntándole: “¿Significa este párrafo que se piensa permitir la participación indirecta del PC?”. Viéndose entre

38 *Declaraciones del Ministro Secretario...* 1976: 14-15.

39 Otero 2015: 124.

40 Fuentes 2011: 134-135.

la espada y la pared, Fraga contestó que no, y Suárez se dio por satisfecho con la rotunda respuesta y remachó su posición: “Es que ése es un límite que no podemos sobrepasar”⁴¹.

En su papel de custodio de la herencia del pasado, Suárez convenció a Arias para que las reformas de Fraga se discutieran en una comisión mixta conformada por miembros del ejecutivo y una representación del Consejo Nacional. Para el presidente aquella era una medida prudente para sujetar los cambios y canalizarlos dentro del Movimiento. Sin embargo, para Suárez suponía ganar protagonismo, controlar el filtro de las reformas planteadas por Fraga y hacerlas fracasar. No había que ser un lince para darse cuenta de que la Comisión Mixta Gobierno-Consejo Nacional no tenía por objetivo acelerar una transformación política de calado, pero en su momento pocos se dieron cuenta de ello. Fraga sólo después se percató del verdadero propósito de aquella comisión: “Era la forma que había exigido Adolfo Suárez, y que se habría de revelar dilatoria y negativa; pero Arias la aceptó, como mal menor”⁴².

Estaba conformada por los siguientes miembros: Carlos Arias Navarro (presidente), Adolfo Suárez González (vicepresidente), los ministros Fernando de Santiago, Manuel Fraga, Juan Miguel Villar Mir, José María de Areilza, Antonio Garrigues, José Solís, Rodolfo Martín Villa y Alfonso Osorio; por el Consejo Nacional: Torcuato Fernández-Miranda, Jesús Fueyo, José Antonio Girón de Velasco, Gregorio López Bravo, José García Hernández, Miguel Primo de Rivera, José Miguel Ortí Bordás y Enrique Sánchez de León. Contaba con tres secretarios: Baldomero Palomares, Carlos Álvarez Romero y Eduardo Navarro. En principio y con esos perfiles, aquella comisión no representaba un obstáculo insalvable para las reformas habida cuenta de la presencia de hombres que, posteriormente, ayudarían a Suárez en el éxito de su proyecto de ley para la reforma política. La prensa consideró que la misión de aquella comisión sería “realmente importante”, pero lo cierto es que a lo largo de sus reuniones no se avanzó sustancialmente⁴³. Aunque las delibera-

ciones fueron declaradas secretas en detrimento de la opinión pública —muy en consonancia con los parámetros de la dictadura— sí conocemos algunas de las cuestiones tratadas a través de las memorias de algunos de sus miembros y políticos de la época. Así, para Primo de Rivera

El propósito de Suárez al constituir la Comisión Mixta había sido que el Gobierno, si deseaba llevar a cabo una reforma en serio, pudiese contar por una parte con el apoyo de los consejeros que estábamos en esa línea y, por otra, consensuar con los consejeros más reacios los grandes temas que hiciesen posible no ya una reforma, sino la Reforma⁴⁴.

Si aquella iniciativa fracasó fue, según Primo de Rivera, por la actitud del presidente Arias quien se declaró “un estricto continuador del franquismo en todos sus aspectos”, lo que provocó que a él se le cayera “el alma a los pies”. Su juicio era muy claro: “Arias no era el hombre que el Rey necesitaba, y que necesitábamos los reformistas, para salir del atolladero del inmediato posfranquismo y lograr una España democrática de verdad”⁴⁵. Pero no parece que todo se resumiera en la resistencia de un hombre (Arias) frente al espíritu abiertamente reformista de otros (Primo de Rivera, Suárez).

En realidad, las cosas fueron más complejas. El Primo de Rivera que se declaraba reformista en sus memorias fue el mismo que se negó en junio a que se suprimieran los cuarenta de Ayete —los nombrados por Franco en vida— bajo un estado de ánimo determinado por “una ira interna que me es muy difícil dominar”. Él, que era uno de esos consejeros vitalicios, afirmó: “Si me quieren echar, que me echen. No omitiré que lucharé con todas mis fuerzas hasta la última gota de mi sangre, que es lo más preciado que puedo entregar por quien en mí depositó su confianza [en alusión al general Franco]”⁴⁶.

Tampoco parece que Suárez adoptara en la comisión una postura excesivamente favorable al cambio político⁴⁷. Y todo apunta a que, al menos, no lo hizo por dos buenas razones. Por un lado,

41 Otero 2015: 55.

42 Fraga 1987: 35.

43 Las reuniones en el Archivo General de la Administración, Alcalá de Henares, Madrid, 51/10077, aunque no se conservan allí las actas detalladas de las discusiones. Las once

reuniones se desarrollaron entre el 11 de febrero y el 21 de abril. Sánchez-Cuenca 2014: 113. Otras fuentes señalan que fueron nueve las reuniones celebradas.

44 Primo de Rivera 2002: 167.

45 Primo de Rivera 2002: 170.

46 Sánchez-Cuenca 2014: 141-142.

47 Pinilla García 2023: 149.

para no perder los apoyos que tenía en el heterogéneo Movimiento y, por otro, por su rivalidad con Fraga. Ya en enero de 1976, Suárez presentó un contra-informe al proyecto reformista de Fraga. Se oponía así desde la ortodoxia encarnada en la Secretaría General del Movimiento. De su contenido da cuenta una síntesis de Ortega Díaz-Ambrona:

Dudaba de la oportunidad del referéndum, exigido por Fraga, y rechazaba dar la impresión de... ¡cambio de régimen! Proponía [Suárez] compilar las Leyes Fundamentales en un Fuero de España y conservar el carácter orgánico de las Cortes con sus cauces naturales (familia, municipio y sindicato). Admitía dentro de ellos el “sufragio universal directo, igual y secreto” para mayores de veintiún años, aunque sólo en el “primer tercio”, con candidatos a propuesta de “asociaciones familiares y agrupaciones políticas”. Suárez quería, además, conservar el Consejo Nacional del Movimiento como Senado y sus “40 de Ayete”⁴⁸.

Con esas ideas, se entiende que la actitud de Suárez en la Comisión Mixta Gobierno-Consejo Nacional no brillase precisamente por su audacia democratizadora, bajo el aval del reticente Arias. El presidente Arias no contemplaba a Suárez como un contrincante ni como un reformista avanzado. Todo lo contrario a lo que pensaba sobre Fraga o Areilza. Y Suárez, adoptando esa reservada estrategia, supo andar con pies de plomo y sumar apoyos para, en su momento, superar a los adversarios. Además, la prensa —léase Ansón— y sus contactos con la banca le apoyaban con decisión⁴⁹. El 4 de mayo asistió a una cena en casa del banquero Ignacio Coca y allí volvió a dejar muestra de su calculado eclecticismo:

Como ministro-secretario general del Movimiento que soy tendréis que reconocer que no voy a permitir, ni a contemplar imperturbable, que desaparezcan

aquellas fuerzas políticas que han sido leales y han jugado claramente dentro de un sistema en los últimos cuarenta años. Soy partidario, por supuesto, de la reforma porque soy miembro de este Gobierno que la propugna, pero naturalmente también lo soy de que se mantengan todas aquellas esencias que políticamente hemos venido defendiendo a lo largo de este tiempo. Ambas cosas son compatibles en un cambio prudente, en una reforma sin riesgo.

Para Osorio, que estaba presente, fue una intervención “brillante, persuasiva y conservadora”. Para algunos asistentes —que no eran precisamente entusiastas de la izquierda— resultó incluso “un poco conservador” pero convincente⁵⁰. Como resultante de todo ello, la primera víctima fue Fraga al que fue sacando de la pista de la sucesión de Carlos Arias —ajeno a todos estos movimientos pese a su experiencia política— para, posterior y paradójicamente, desplazarlo a la derecha del espectro político mientras él iba adquiriendo fuerza por su transversalidad (de hecho, se pondría al frente del heterogéneo centro democrático) y su protagonismo casi exclusivo del impulso reformista⁵¹. En un futuro será interesante examinar —si existen— las actas de aquellas reuniones de la Comisión Mixta Gobierno-Consejo Nacional para conocer con mayor precisión las intervenciones de Suárez. Pero lo que sí sabemos es que aquella comisión fue poco fructífera y que a Suárez, una vez convertido en presidente, ni se le ocurrió convocarla de nuevo pese a que fue idea suya. En realidad, su función fue servir de instrumento de Suárez para impedir la reforma de Fraga. Naturalmente, no estaba dispuesto a que aquella comisión fuese sustituida por otra, donde la Secretaría General no tuviera protagonismo y control. En abril de 1976, a la vista de las circunstancias, Fraga y Areilza pensaron en una “Real Comisión” para encabezar la reforma. Suárez se opuso firmemente a esa idea⁵².

Otro episodio singular fueron los intentos de Suárez para ser elegido consejero permanente, es decir entrar en el privilegiado grupo de los cuarenta de Ayete. Hasta la muerte de Franco eran una serie de consejeros directamente seleccionados por el jefe del Estado, de acuerdo con el artí-

48 Ortega 2015: 562. Pinilla García refiere que el Consejo Nacional del Movimiento, presidido por Suárez desde mayo de 1976, “se opuso sistemáticamente a las leyes que proponía Fraga”. Pinilla García 2023: 180. Tusell recoge un perfil similar de Suárez tanto en el Gobierno como en el Consejo Nacional del Movimiento. Tusell-García 2003: 303 y 308.

49 *La Gaceta Ilustrada*, Barcelona, dirigida por Ansón, apostaba por la carta de Suárez. Le dedicó un magnífico editorial de respaldo a su gestión el 15 de mayo de 1976. Luis María Ansón organizaba veladas en su casa y a mediados de mayo tuvo lugar una a la que asistió Suárez. A esa velada le precedió una cena celebrada el 4 de mayo en casa del banquero Ignacio Coca en la que dejó una magnífica impresión y que comentamos a continuación. Véase Fuentes 2011: 137-138.

50 Osorio 2000: 107.

51 Ortega 2015: 562.

52 Morán 1979: 37. Navarro 2014: 85. El último parece sugerir que la idea de una comisión regia se planteó ya en febrero.

culo 22 b de la Ley Orgánica del Estado. Y, más allá del “hecho biológico”, dejaba establecido:

Al cumplirse las previsiones sucesorias, estos cuarenta Consejeros adquirirán el carácter de permanentes hasta cumplir la edad de setenta y cinco años, y las vacantes que en lo sucesivo se produzcan entre los mismos se proveerán por elección mediante propuesta en terna de este grupo de Consejeros al Pleno del Consejo⁵³.

Varias fueron las vacantes que se produjeron en la primera mitad de 1976 y Suárez acarició la posibilidad de presentarse, pero no lo hizo a la espera de su momento. Fue en abril cuando la ocasión se le brindó al fallecer José Antonio Elola-Olaso y dejar una vacante. De inmediato comenzaron los movimientos, conversaciones y sondeos. Uno de los contactos se verificó entre Carlos Pinilla y Suárez. El primero le preguntó si iba a presentarse según había oído, a lo que el ministro-secretario le respondió negando los rumores: “Son especulaciones de los periodistas. No pienso presentarme. Para que lo hiciera tenían que cambiar algunos supuestos”⁵⁴. Cuando Pinilla vio en la prensa la candidatura de Suárez se indignó y poco antes de la elección retiró su candidatura para favorecer la victoria de un tercer candidato: ni más ni menos que Cristóbal Martínez-Bordiú, marqués de Villaverde y yerno del general Franco.

Las presiones se recrudecieron pues el marqués de Villaverde estaba seguro de su victoria bajo un rotundo eslogan de campaña: “En memoria del Caudillo Franco, me he presentado a la elección. Cumple en conciencia con tu deber. Gracias”. Uno de los que recibió la visita del marqués fue Carlos Arias y este se convenció pronto que su ministro iba a perder. Aconsejó a Suárez que se retirase, pero este no se amilanó y mantuvo su candidatura comprometiéndose a dimitir si no alcanzaba la victoria. Suárez venció por un amplio margen de votos⁵⁵. Derrotó a Martínez-Bordiú que desaparecería de la escena política para siempre, pero de algún modo también había derrotado a Arias en términos de prestigio y autoridad. Suárez tenía el temple y la fortaleza de la que carecía el presidente, un hombre influen-

cial que mostraba debilidad ante algunos. Arias estaba cada vez más solo, ni siquiera el rey le apoyaba a esas alturas. Lo curioso es que fue un hombre que no se percató de lo que ocurría a su alrededor. Incluso cuando cesó en el cargo, según Gregorio Morán, Arias abrazó a Suárez diciéndole: “Gracias, Adolfo, porque tú eres de los que no me han traicionado”⁵⁶. Desconocía que quince días antes Suárez le había preguntado a Osorio: “¿Tú crees que Carlos Arias quiere irse?”. El que sería nombrado vicepresidente en julio de 1976 le respondió: “Creo que no, pero se siente acosado y desconfía de todos. No sabe qué hacer”⁵⁷. El habilidoso Suárez sabía que el fruto ya estaba maduro para caer.

Tras entrar en el selecto grupo de procuradores, la imagen de Suárez se había reforzado y así lo recogió la prensa monárquica:

Con su victoria, Adolfo Suárez, que, según se dice en círculos políticos, es uno de los más firmes pilares del primer gobierno de la monarquía, tiene “cuerda” política para rato ya que —si prospera el proyecto de reforma de las Cortes— el señor Suárez por su condición de consejero de los “cuarenta” será senador hasta el año 2007, cuando el hoy ministro tenga setenta y cinco años⁵⁸.

Cabe preguntarse por qué Suárez tuvo tanto interés en convertirse en consejero nacional casi vitalicio en mayo de 1976 pues apenas un mes más tarde sería nombrado presidente para poner en marcha un proyecto de reforma mucho más audaz que el de Fraga, en el que no tendría cabida ni el Movimiento ni su Consejo Nacional. Probablemente su intención no era tanto convertirse en uno de los “cuarenta” como ganar la elección consolidando su figura política. Había sido capaz de derrotar al yerno de Franco en el propio seno del Consejo Nacional del Movimiento. No cabía mayor éxito. Allí Suárez había sabido ganar apoyos gracias a su lenguaje y sus gestos medidos, siempre combinando la mirada reformista proyectada hacia el futuro con la preservación de las esencias del franquismo.

Desde esa plataforma que había ido construyendo con prudencia y tesón, el ministro-secretario general del Movimiento fue el encargado de

53 Consultada en *Referéndum 1966. Nueva Constitución 1966*, 81-82.

54 Pinilla Turión 1991: 362.

55 Fuentes 2011: 140. También en Ortiz 2006: 75.

56 Morán 1979: 51.

57 Osorio 2000: 128.

58 Blanco y Negro, 5/6/1976: 27.

defender una de las reformas del Gobierno: la ley de asociaciones políticas⁵⁹. Allí se reveló como un reformista, pero, como siempre, con un discurso que no rompía con el pasado. Supo navegar en aguas revueltas, ganarse apoyos e ir removiéndolos los obstáculos que separaban de su gran ambición: convertirse en presidente del Gobierno y mantener esa posición.

Muchos conocieron al Suárez de aquellos días, desde compañeros de gabinete hasta cargos políticos de diverso nivel. Pero no todos se dieron cuenta del conjunto de movimientos que estaban en marcha y, desde luego, apenas percibieron los pasos que estaba dando Suárez⁶⁰. Y lo que casi nadie pudo prever fue la audacia de aquel joven presidente a la hora de impulsar una profunda reforma que dejaba atrás a la dictadura y al Movimiento. El Suárez posterior a julio de 1976 sería muy distinto del otro que había sido ministro-secretario general durante el medio año precedente. Algunos tardaron tiempo en comprender lo ocurrido y solo en sus memorias pudieron hacer un diagnóstico correcto de un pasado en el que habían vivido sin percatarse de las corrientes que pasaban bajo la superficie pasajera de lo cotidiano.

Un buen ejemplo fue el recuerdo de Manuel Fraga, el hombre que quiso impulsar unas reformas que no salieron adelante y que la democracia emplazará en la derecha. En el segundo tomo de sus memorias, con la mirada que da la distancia de una década, recordó la actitud de aquel ministro-secretario general en los siguientes términos:

... inició un juego más sutil, que sólo más tarde se pudo percibir con toda claridad: aplazar las reformas, con diversos pretextos, para que fuese otro gobierno y no aquél el que las realizara. El juego consistía en aprobar la idea de las reformas, pero apoyar de momento que no se hicieran, con diversos pretextos.

Es más, Fraga extendió esas tácticas a otro ministro (Rodolfo Martín Villa):

... se empezó a ver clara la actitud de personas como Adolfo Suárez y Martín Villa, que jugaban a la espera. No creían que aquel gobierno llegara al final de la Transición; y temían, por otra parte, que si lograba un plan serio de reformas, ellos (que no habían sido reformistas) acabarían por quedarse fuera del juego. Eso les hizo llevar un juego complicadísimo, presentando toda reforma importante como equivocada o precipitada; pidiendo tiempo para convencer a sus casas (Secretaría General y Sindicatos); presentándose como muy leales a lo anterior ante Arias Navarro; y jugando, por fuera, juegos muy complicados en La Zarzuela y ante ciertos sectores de la prensa y de la oposición. Lo más grave fue que este juego empezó pronto a ser apoyado por Torcuato Fernández-Miranda⁶¹.

Precisamente de este último también recordaba su actitud en 1976 y el lógico distanciamiento que tendría de Suárez habida cuenta que siempre acarició ser presidente después de su pupilo:

Después de una época en que se opuso tenazmente a cualquier reforma del régimen anterior, [Torcuato] fue uno de los mayores entusiastas de su liquidación y derribo. Tengo para mí que esperó de la designación de Suárez una influencia decisiva, a la que éste, con razón, se negó. (...) testigos de toda confianza me certifican que le entró una enorme tristeza, que acabó por convertirse casi en depresión. Entonces abandonó⁶².

Desde luego, lo que parecía evidente para muchos en julio de 1976 es que con Suárez no se caminaría a un proceso de reforma, a la luz de lo visto en los meses anteriores. Otero Novas, tras haber tratado asuntos con la Secretaría General como director general de Política Interior, le manifestó a Fraga que no albergaba dudas de que “se iba a retroceder en la reforma”. Similares convencimientos sostenían Areilza y Fraga. Muchos años más tarde, este aún recordaba “la extraña actitud de Suárez en los meses pasados [la primera mitad de 1976]”⁶³. No podían imaginar lo que iba a ocurrir porque no habían advertido su estrategia. Y lo cierto es que escondió bien sus intenciones. Cuando Suárez se enteró de que el ministro Garrigues repartió entre los miembros del Gobierno otro anteproyecto de reforma que implicaba la desaparición del Movimiento montó en cólera y telefoneó a Fernández-Miranda para

59 Publicada en el BOE el 16 de junio como Ley 21/1976, de 14 de junio, sobre el Derecho de Asociación Política.

60 Sánchez-Terán recuerda que el discurso de Suárez del 9 de junio defendiendo las asociaciones políticas le situó en la rampa de lanzamiento, aunque nadie lo veía en Barcelona como un hombre con un futuro político brillante: “La verdad es que Suárez era muy poco conocido en Cataluña”. Sánchez-Terán 1988: 127-130.

61 Fraga 1987: 25.

62 Fraga 1987: 80-81.

63 Fraga 1987: 53.

decirle: “Quieren la ruptura no la reforma, llamaré mañana a A. Garrigues para asustarle, es un cobardica”⁶⁴.

Tan solo publicadas unos meses después de su salida de la política, las memorias de José María de Areilza reflejan aún más el desconocimiento que de Suárez tenía el conde de Motrico. Ni podía imaginar que él no fuera el próximo presidente ni, mucho menos aún, que el elegido fuese aquel ministro-secretario del Movimiento que había pasado para él —siempre viajando al extranjero y jugando en otra liga— casi totalmente desapercibido. Recordaba de él que había defendido las esencias del franquismo determinando los pocos resultados de la Comisión Mixta, entre otras actuaciones dirigidas en el mismo sentido: sostener al Movimiento. El golpe que Areilza se llevó al no ser nombrado presidente se percibe en las últimas palabras de su diario cuando da cuenta del cese de Arias Navarro cuya “talla de gobernante era cuestionable” y del nombramiento de Suárez:

¡Qué sorprendente solución! Pero, analizando bien, la operación completa se empieza a adivinar en su compleja maraña. La salida de Arias estaba planeada por el rey con la ayuda de Torcuato y su conocida capacidad de maniobra. El punto dudoso era la reacción del Consejo del Reino.

Indudablemente, Areilza —pese a su brillantez intelectual— no se había dado cuenta de muchas cosas. Ni siquiera en 1977⁶⁵.

Sin embargo, no todos los testimonios consultados recogieron con tanta claridad las maniobras tácticas de Suárez en los meses previos a convertirse en presidente del Gobierno. Uno de ellos fue el de Utrera Molina, quien fue ministro-secretario general del Movimiento hasta marzo de 1975. Sus memorias solo abarcan hasta ese año y, por tanto, no abordan el período de la monarquía de Juan Carlos I. Pero en las escasas alusiones que hace sobre Suárez no constan expresamente sus acciones para hacer fracasar las reformas de Fraga. Tan solo formuló sugerencias como la siguiente:

... años más tarde, desde la misma Secretaría General del Movimiento, regida por Adolfo Suárez y bajo la falsa dialéctica de que había que “reformular lo que se quería conservar”, a través de escandalosas simulaciones y de asombrosas piruetas de acomodación, se propiciaría la liquidación del Estado del 18 de julio en una operación —exenta ya de riesgos— donde la astucia, la doblez y el cinismo alcanzaron cotas verdaderamente sobrecogedoras⁶⁶.

Mayor silencio sobre el tema adoptó Manuel Ortiz, estrecho colaborador de Suárez, que no dejó huella alguna sobre los movimientos previos de su presidente antes de serlo⁶⁷. Sin duda sorprende esa ausencia de comentarios al respecto, pero no hemos de olvidar que Manuel Ortiz no ocupaba ningún cargo público cercano al ministro-secretario general del Movimiento y cabe pensar que no estuviera al tanto de lo ocurrido. Más sorprendente es el caso de Rodolfo Martín Villa quien era ministro en contacto estrecho con Suárez. En sus memorias no se alude a las actitudes de este durante aquellos meses. Ni siquiera en el seno de la Comisión Mixta Gobierno-Consejo Nacional a la que ambos pertenecían. Y es dudoso que desconociera las complejas estrategias de unos y otros, dada su experiencia política, su posición y su sagacidad. Incluso, según Fraga, Martín Villa compartía las posiciones de Suárez y, como él, venía del Movimiento. Sea como fuere, este tipo de memorias —por su falta de aportaciones en este aspecto— ha contribuido de alguna forma a que el caleidoscópico perfil del Suárez ministro-secretario general haya pasado desapercibido⁶⁸.

Similares lagunas se encuentran en los diversos testimonios recopilados por Manuel Ortiz en su libro. Allí hablaron sobre Suárez hombres como Rafael Ansón, Andrés Cassinello, Ignacio García López, José Luis Graullera o Eduardo Navarro. No hay en todos esos testimonios la más mínima alusión a las tácticas llevadas a cabo por el ministro-secretario general en su estrategia general de ascenso a la Presidencia del Gobierno⁶⁹. Ni siquiera Eduardo Navarro —muy vinculado a la trayectoria política de Suárez— indicó nada en sus memorias. Tan solo hizo una breve referencia

64 Fernández-Miranda y Fernández-Miranda 1995: 161.

65 Areilza 1977: 216-217. Las escasas referencias a la actitud de Suárez, por ejemplo, en Areilza 1977: 132 y 165.

66 Utrera 2008: 268.

67 Ortiz 2006.

68 Martín Villa 1984.

69 Ortiz 2006: 225-269.

que había que leer entre líneas para entender la actuación de Suárez como jefe del Movimiento:

La Secretaría General del Movimiento no era una ganga y parecía condenada a su extinción en un plazo más o menos breve. Adolfo, sin embargo, no pensaba así. Para él se trataba de un paso necesario para colocarse en el lugar adecuado en el momento preciso. Tuvo la intuición de que todo lo que políticamente debía hacerse debía pasar ineludiblemente por la vieja estructura del Movimiento, aunque fuese sólo para cubrir las apariencias⁷⁰.

Pero quizás el testimonio más valioso de la actitud de su Suárez fue la de José Miguel Ortí Bordas, un hombre del Movimiento que llegaría a ser subsecretario de Gobernación en 1977 y buen amigo de Suárez. Sus palabras son tan elocuentes que no requieren mayores comentarios:

Me desazonó la actuación política de Suárez (...). La verdad es que no la entendí. Tampoco pude compartirla. Ése era mi estado de ánimo cuando me citó a una entrevista en su despacho de Alcalá 44. El ministro-secretario general del Movimiento quería darnos no sé qué explicaciones sobre no sé qué asunto a Gregorio López Bravo, a Carlos Pinilla, y a mí. ... cuando Suárez terminó (...) le reproché al ministro su actitud negativa respecto a la reforma en curso. Me contestó negando la mayor y tratando de eludir la cuestión. Volví a la carga. Discutimos abiertamente. Ante el cariz que tomaba la reunión, López Bravo y Pinilla decidieron marcharse. Suárez y yo nos levantamos para despedirlos y así, de pie, retomamos la disputa. Elevó el tono. Serio, cada vez con el gesto más grave, Suárez me replicó. Y yo le dije todo lo que tenía que decirle con meridiana claridad, con total franqueza, con obligada lealtad. Para eso éramos amigos. (...).

El proceder de Suárez frente a la reforma seguramente estaba sugerido... por Fernández Miranda, cuyo objetivo en ese momento era impedir que llegara a puerto el proyecto de Fraga. Se trataba de tener el camino despejado. Fernández Miranda buscaba la caída de Arias y yugular la posibilidad de que Fraga pudiera acceder a la presidencia del Gobierno, puesto en el que prefería a un hombre maleable y a sus órdenes, que hiciera en cada momento lo que él le indicaba y que de ese modo le dejara realizar su propia reforma⁷¹.

CONCLUSIONES

En agosto de 1976, Suárez concedió una entrevista a *Paris Match* —poco citada— en la que se manifestó de forma muy abierta, sincera y distendida. El nuevo presidente se descolgó con una declaración sorprendente: Franco le comentó quince días antes de su enfermedad que era preciso que él fuese preparando la batalla por la democracia. Suárez añadió que la democracia vendría gracias al desarrollo económico registrado bajo la dictadura. También se extendió en otras consideraciones sobre la legalización del partido comunista (declarando que no se haría ese año, pero sin desvelar su decisión más adelante), y la confianza que tenía en las fuerzas armadas y en la propia sociedad española para alcanzar la democracia. Cuando el sorprendido periodista le preguntó sobre qué significa para él el poder respondió: “me encanta”⁷². Al publicarse el reportaje, el Gobierno publicó una nota de rectificación porque, por lo visto, el permiso se había dado para un reportaje fotográfico, no para publicar los comentarios privados que Suárez hizo a los periodistas del equipo enviado. *Paris Match*, sin embargo, se ratificó en la corrección de todo lo publicado. Los comentarios privados también eran información, al fin y al cabo, sobre todo si eran de ese calibre.

Polémicas aparte, lo que sí parecía cierto es que convertirse en presidente representaba la satisfacción completa de una ambición siempre acariciada por Suárez. Ese anhelado objetivo bien valió la puesta en marcha de los medios precisos para su logro. Y probablemente ese camino de ascenso registró episodios poco edificantes que Suárez no quería recordar, tal y como indicó el ya citado Landelino Lavilla. Lo que sí tenía claro Suárez es que su Gobierno no sería un tránsito para dejar paso a otro presidente; era el Gobierno encargado de efectuar la Transición⁷³ y, posteriormente, celebrar unas elecciones generales en las que jugar el papel de destacado candidato desde el propio Ejecutivo.

La intención de presentarse a las elecciones de 1977 encabezando a la Unión del Centro Demo-

70 Navarro 2014: 83.

71 Ortí 2009: 221-222.

72 *Paris Match*, París, 28/8/1976: 41-43 y 51. Consultado en el Archivo Linz de la Transición Española, depositado en la Fundación Juan March, Madrid.

73 *Paris Match*, 28/8/1976: 51.

crático (UCD) terminó por cercenar las posibilidades de Fernández-Miranda de hacerlo algún día, por lo que este optó por la dimisión de sus cargos. Más tarde sería senador por designación real, pero sus divergencias con Suárez sobre los contenidos de la Constitución de 1978 le señalaron la definitiva puerta de salida de la vida política al año siguiente. Nada de eso podía predecirse cuando Suárez aún era el presidente impulsor de la reforma política y, menos aún, cuando Suárez fue ministro-secretario general del Movimiento.

El medio año que estuvo al frente de la Secretaría General del Movimiento le sirvió para neutralizar los obstáculos que le separaban de su objetivo. Por una parte, era preciso que Arias Navarro fuese relevado y, por otra, resultaba conveniente hacer fracasar las reformas de Fraga para que el tránsito político fuese liderado por él. Su estrategia se basaba en sumar apoyos de unos y otros mientras ponía el acento en interponer discretas objeciones a las reformas de Fraga. Obstaculizó desde las instancias del Movimiento la reforma de las Leyes Fundamentales, pero admitió la defensa de una reforma concreta —las asociaciones— haciéndola de algún modo suya y ganando protagonismo como orador.

Se ha asegurado con frecuencia la existencia de una “hoja de ruta” de la Transición. Incluso el mismo Suárez manifestó que en un encuentro con el rey le expuso en unas cuartillas el programa para introducir la democracia en España⁷⁴. Pero, ciertamente, las cosas podrían haber discurrido de otra forma si Suárez se hubiera conducido de otro modo durante su tiempo como ministro. La clave de su éxito fue la astucia, el tesón, saber esperar y conducirse con discreción. Con todo ello aprovechó el tiempo para abrirse paso en medio de unas circunstancias difíciles y cambiantes. Es cierto que contaba con apoyos (Fernández-Miranda, Juan Carlos I) pero fue su decidida acción personal y su hábil estrategia las que le abrieron las puertas que no consiguieron franquear los “grandes espadas” de aquel Ejecutivo como Fraga o Areilza.

Declaración de conflicto de intereses: el autor declara que no tiene intereses económicos ni rela-

ciones personales que pudieran haber influido en el trabajo presentado en este artículo.

Fuentes de financiación: este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación “Presencia y poder de las élites periféricas en los ejecutivos nacionales. Una comparación entre España, Francia y el Reino Unido (1945-2020)” (PERIELITE), financiado por la Universidad Pablo de Olavide (UPO) y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER), (UPO-FEDER 1380883), 17 noviembre 2021-17 noviembre 2023, director: Jean-Baptiste Harguindéguy, profesor titular de Ciencias Políticas y de la Administración, Universidad Pablo de Olavide.

Declaración de contribución de autoría: conceptualización, recursos, investigación, redacción (revisión y edición), supervisión.

BIBLIOGRAFÍA

- Abella, Carlos. 2006. *Adolfo Suárez. El hombre clave de la Transición*. Madrid: Espasa.
- Adolfo Suárez o El valor de la concordia: una trayectoria crucial para la democracia en España*. 1997. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Ansón Oliart, Rafael. 2014. *El año mágico de Adolfo Suárez. Un rey y un presidente ante las cámaras*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- Areilza, José María. 1977. *Diario de un ministro de la monarquía*. Barcelona: Planeta.
- Campo Vidal, Manuel. 2012. *Adolfo Suárez, el presidente inesperado de la Transición*. Barcelona: RBA.
- Cierva, Ricardo de la. 1991. *Leyenda y verdad de Adolfo Suárez*. Madrid: Universidad Complutense.
- Declaraciones del Ministro Secretario General del Movimiento y Vicepresidente del Consejo Nacional, Adolfo Suárez, al Diario “Pueblo” de Madrid, en la entrevista celebrada con José Luis Alcocer, y publicadas el día 2 de Marzo de 1976*. 1976. Madrid: Ediciones del Movimiento.
- Fernández-Miranda Lozana, Pilar y Alfonso Fernández-Miranda Campoamor. 1995. *Lo que el rey me ha pedido: Torcuato Fernández-Miranda y la reforma política*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Fraga Iribarne, Manuel. 1987. *En busca del tiempo servido*. Barcelona: Planeta.

74 Fuentes 2011: 77. Al parecer un informe del Foreign Office se hizo eco de aquella confesión de Suárez.

- Fuentes Aragonese, Juan Francisco. 2011. *Adolfo Suárez. Biografía política*. Madrid: Planeta.
- García Abad, José. 2005. *Adolfo Suárez: una tragedia griega*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- García Martín, Juan Andrés. 2019. “Un gobierno inesperado: el nombramiento de Adolfo Suárez como presidente de Gobierno ante la prensa semanal española”, *Estudios de historia de España* XXI (1-2): 95-128.
- Gil Pecharromán, Julio. 2013. *El Movimiento Nacional (1937-1977)*. Barcelona: Planeta.
- González de Vega, Javier. 1996. *A la sombra de Adolfo Suárez*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Hernández, Abel. 2009. *Suárez y el Rey*. Madrid: Espasa Libros.
- Lavilla Alsina, Landelino. 2017. *Una historia para compartir: al cambio por la reforma (1976-1977)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Martín Villa, Rodolfo. 1984. *Al servicio del Estado*. Barcelona: Planeta.
- Morán, Gregorio. 1979. *Adolfo Suárez. Historia de una ambición*. Barcelona: Planeta.
- Morán, Gregorio. 2009. *Adolfo Suárez. Ambición y destino*. Barcelona: Debate.
- Navarro Álvarez, Eduardo. 2014. *La sombra de Suárez*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Ónega, Fernando. 2013. *Puedo prometer y prometo: mis años con Adolfo Suárez*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Ortega Díaz-Ambrona, Juan Antonio. 2015. *Memorial de Transiciones (1939-1978)*, Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Ortí Bordás, José Miguel. 2009. *La Transición desde dentro*. Barcelona: Planeta.
- Ortiz, Manuel. 2006. *Adolfo Suárez y el bienio prodigioso (1977-1979)*. Barcelona: Planeta.
- Osorio, Alfonso. 2000. *De orilla a orilla*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Otero Novas, José Manuel. 2015. *Lo que yo viví. Memorias políticas y reflexiones*. Barcelona: Editorial Prensa Ibérica.
- Pinilla García, Alfonso. 2023. *Carlos Arias Navarro y la reforma imposible (1973-1976)*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Pinilla Turiño, Carlos. 1991. *Como el vuelo de un pájaro*. Barcelona: Imprenta Duplex.
- Prego de Oliver, Victoria. 2002. *Adolfo Suárez, la apuesta del rey (1976-1981)*. Madrid: Unidad Editorial.
- Primo de Rivera, Pilar. 1983. *Recuerdos de una vida*. Madrid: Dyrsa.
- Primo de Rivera y Urquijo, Miguel. 2002. *No a las dos Españas. Memorias políticas*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Referéndum 1966. Nueva Constitución. 1966. Madrid: Servicio Informativo Español. <https://www.iberlibro.com/REFER%C3%89NDUM-1966-NUEVA-CONSTITUCI%C3%93N-autor-Servicio/14243489619/bd>
- Ruiz Romero, Manuel. 2029. *Del franquismo a la reforma. Miguel Primo de Rivera y Urquijo. Una biografía política*. Cádiz: Tierra de Nadie.
- Sánchez-Cuenca, Ignacio. 2014. *Atado y bien atado. El suicidio institucional del franquismo y el surgimiento de la democracia*. Madrid: Alianza.
- Sánchez-Terán, Salvador. 1988. *De Franco a la Generalitat*. Barcelona: Planeta.
- Tusell, Javier y Genoveva García Queipo de Llano. 2003. *Tiempo de incertidumbre. Carlos Arias Navarro entre el franquismo y la Transición (1973-1976)*. Madrid: Crítica.
- Utrera Molina, José. 2008. *Sin cambiar de bandera*. Barcelona: Planeta.